

MUJER Y CULTURA EN LA COLONIA HISPANOAMERICANA

INTRODUCCIÓN

Material primario de mitos ancestrales, protagonista oculta y subalterna de las heroicas gestas de resistencia americana, oscuro objeto del deseo y de las proyecciones imaginarias de los conquistadores, habitante callado pero no mudo de los espacios cortesanos, monacales y domésticos de la Colonia y luego, poco a poco, presencia subversiva en los contradictorios escenarios protonacionales, la mujer colonial sigue ocupando un espacio en gran parte todavía impenetrado por el discurso crítico e historiográfico latinoamericano.

Las múltiples facetas de su existencia histórica, como las de otros sectores sometidos y marginalizados por las prácticas del poder, se confundieron siempre con las imágenes que de ella produjeron los dominadores, “dueños de la letra” que desde el Descubrimiento a nuestros días han ejercido la hegemonía representacional y la decodificación discursiva.

Es difícil percibir su perfil en los relatos de la historia patriarcal, en la cuantificada historiografía neopositivista y liberal que ha leído su presencia apenas como la verificación de una variable de epopeyas masculinas que la asocian a los mitos de la fertilidad, a los ideogramas del honor y la virtud o a los paradigmas de familia y Estado que fundaron los imaginarios nacionales de América, otorgándole siempre una posición subalterna o anchar dentro de los proyectos dominantes.

Más difícil aun es rescatar su voz propia y las alternativas de una intrahistoria sectorial que cuando aflora gracias a la indagación de archivo y a la interpretación textual nos revela desde una perspectiva inédita la conflictiva red de valores, creencias y prácticas sociales que dio origen a la sociedad criolla.

El espacio vital y discursivo de la mujer colonial fue siempre un ámbito acotado y controlado por estrategias y retóricas que le asignaron valores y funciones precisas e inapelables destinadas a confirmar y fortalecer el lugar del Poder. Por eso sus modos de existencia, sus luchas y sus logros pueden ser hoy leídos solamente como micro-relatos que concentran y sobrepasan las contradicciones y conflictos de la totalidad en la que se inscriben. Por eso también su actividad es siempre percibida como transgresora, fronteriza y beligerante, su modus operandi como alegórico, reticente o paradójico, y sus

logros como puntas de un *iceberg* que hunde su base en las aguas oscuras de una historia que, como las riquezas de América, se convirtió en ajena antes de haber podido comenzar a ser propia.

El presente volumen sobre *Mujer y cultura en la Colonia hispanoamericana* intenta rescatar esas imágenes para empezar a hilarlas como trama de un tejido distinto al que ofrecen las versiones tradicionales del periodo que comienza en América con el descubrimiento de Europa (de sus *adelantados*, misioneros y burócratas, de sus libros, sus pestes y sus mitos) y se extiende hasta la fundación de los estados nacionales.

Los trabajos reunidos en este libro recorren un periplo que va desde las primeras imágenes rescatadas en crónicas, relaciones e iconografías coloniales hasta las que se acercan a las etapas que preparan la Independencia. A pesar de su variedad de tópicos y métodos, los estudios coinciden en el objetivo de recuperar, a través de la investigación de documentos y la interpretación textual, los rasgos que definen un sujeto social siempre en huida, multifacético y reticente, que casi nunca se revela en una primera lectura y que habita primordialmente en los márgenes y en las entrelíneas de los discursos masculinos.

El volumen presenta cinco aspectos complementarios de la presencia de la mujer en los discursos coloniales. El primero, bajo el título de “Inscripciones del mito” registra el pasaje de representaciones femeninas de la oralidad mítica al discurso letrado de las crónicas, la épica y el drama ilustrado. El segundo apartado, “Intertextos del humanismo criollo”, analiza la inserción poéticohumanística de la mujer en uno de los pocos textos que la integran a la tradición canónica europea y americana: el *Discurso en loor de la poesía*. El tercero, “Cuerpo y escritura en la clausura monacal” propone una serie de calas en las intrincadas alternativas de la disciplina conventual y la religiosidad colonial. El dedicado a la Décima Musa, bajo el título de “Sor Juana: voz y máscara”, explora diferentes aspectos de la siempre intrigante e inagotable obra de la monja mexicana. Finalmente, “Otras imágenes” registra la presencia de la mujer en textos picarescos y en discursos de los siglos XVIII y XIX que ya anuncian los avances de la emancipación americana.

En sus cinco apartados, *Mujer y cultura en la Colonia hispanoamericana* se aboca de este modo a una exploración múltiple de la mujer como presencia mítica, como sujeto histórico y social, como productora cultural y como imagen producida por los discursos dominantes a partir de los modelos y paradigmas que constituyeron el imaginario patriarcal de Occidente y conformaron el sustrato ideológico fundacional de la América hispana.

La mujer aparece a veces con una dimensión casi onírica, como ensoñación y proyección imaginaria en la que se concentra una memoria cultural muy anterior al error de cálculo que propiciara la materialización, para los europeos, del siempre presumido territorio de ultramar.

En la primera parte del libro titulada “Inscripciones del mito”, Diana de Armas Wilson nos muestra, por ejemplo, la imagen de las Amazonas como paradigma cambiante que desde el mito griego hasta el Siglo de Oro español

reinventa la leyenda entregando en cada versión imágenes fragmentarias de un yo que se proyecta simbólicamente en su *alter ego* femenino. Como nos explica la autora, la amazona concentra el carácter aguerrido con la sexualidad anticonvencional, inspirando la imagen de *mujer varonil* que desata, con la transgresión genérica, los espacios controlados del orden masculino.

Madres desnaturalizadas que se apareaban libremente y devolvían a sus padres los hijos varones, siempre militantes, rebeldes y evasivas, estas mujeres prodigiosas constituyen una raza distinta, un “otro” que articula temores y deseos y que es capaz de sobrevivir prescindiendo del hombre y combatiéndolo exitosamente.

La hermandad autosuficiente de las Amazonas nutre las pesadillas de los conquistadores y de los humanistas europeos que, a través de textos y épocas variadas, especulan sobre sus orígenes y costumbres y testimonian sus presuntas apariciones, configurando el mapa de la leyenda. Entre otros, Alonso de Ercilla recoge el mito de las Amazonas construyendo en *Laraucana* modelos femeninos “de imitación” (Doña Mencia de Nidos, Fresia) que integrados en el discurso épico erosionan con su espíritu transgenérico la hegemonía masculina representando a su manera un valor primordial en el discurso épico: la defensa, hasta el sacrificio, del territorio amenazado.

Rosa Helena Chinchilla analiza el mito de la Malinche a partir de la representación que de ella hace Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* y también a partir de las imágenes que nos llegan a través de *Los lienzos de Tlaxcala*, que realizan la historia pictórica de la “lengua” de Cortés. La autora estudia el tema de la voz femenina y los códigos medievales de conducta que aconsejaban para la mujer el comportamiento “callado” como requisito de la armonía social. La autora se refiere asimismo a los ideales femeninos presentes en el mundo musulmán, que alude a la mujer sólo a través del razonamiento analógico, para mostrar hasta qué punto la figura de Malitzin –símbolo de la voz que posibilita la gesta masculina– contradice los modelos más vigentes en el imaginario peninsular. Doña Marina es apropiada por Bernal siguiendo los modelos de la humildad cristiana y supeditándola a la figura del héroe cuyo honor la intérprete tiene que proteger. Sin embargo, el protagonismo de la “lengua” es inocultable, y Hernán Cortés, conocido él mismo por el nombre de Malinche, es por momentos obnubilado por la mujer que lo acompaña.

En los lienzos tlaxcaltecas la figura de la Malinche muchas veces sobrepasa la del conquistador, resaltando la importancia de la acción popular de los vencidos con mucho más énfasis del que usa al respecto el discurso letrado. Ambas representaciones apuntan apenas, sin embargo, a la zona oscura de la interacción genérica y discursiva en la Colonia, dejando abierto un amplísimo campo de indagación no sólo sobre el papel de los sujetos femeninos en la Conquista sino también acerca del valor ideológico de las estrategias representacionales a partir de las cuales el productor colonial se apropia de su empiria y la reformula simbólicamente.

En lo referente al mundo andino, el trabajo de Raquel Chang-Rodríguez se centra en la figura de la princesa incaica Beatriz Clara, cuyo matrimonio

con el capitán Martín García de Loyola, descendiente de Ignacio de Loyola, uno de los fundadores de la orden jesuita, representa simbólicamente los vínculos entre la nobleza indígena y los representantes de la política virreinal. Chang-Rodríguez estudia versiones iconográficas y dramáticas de la boda, particularmente la loa a *La conquista del Perú* de fray Francisco del Castillo, dramaturgo del siglo XVIII. En esta composición se reproduce el tema de la unión de la Nación peruana con un representante de Europa, situación que recoge la relación fundacional entre la princesa incaica y el capitán español.

De la Colonia a la Ilustración, la sociedad criolla se define siempre por esta conflictiva tensión entre mundos y culturas que siendo primariamente antagónicas, se encuentran y se funden dando lugar a la América mestiza

donde la heterogeneidad de clases, etnias y culturas es la principal marca de identidad y la principal fuente de indagación poética e histórica. De ahí que las instancias míticas se reciclen y reactualicen de manera constante, haciendo de la literatura una constante práctica de exploración simbólico-ideológica de los sustratos culturales en que se fundan proyectos y utopías.

En la *Nueva corónica y buen gobierno* de Felipe Guaman Poma de Ayala la imagen femenina aparece asociada al mito de la creación. María Antonia Garcés explora la figura de Mama Walcu, madre de Manco Capac y también creadora de artes y hechicerías en el ámbito andino. Su condición de fundadora de la dinastía incaica se combina, en la elaboración de Guaman Poma, con su capacidad oracular y con un carácter lujurioso y seductor que introduce la idea del incesto y, por tanto, de la ilegitimidad de la estirpe incaica: Mama Waku, perteneciente a la casta de *losamaru*, se casa con su hijo, contraviniendo así el orden natural con un desafiante sesgo de diabolismo fundacional.

Como indica Garcés, esta imagen femenina que termina desplazando a la del hijo, corroe los valores y códigos del dominador, y ayuda a preservar, a pesar del proceso de la aculturación colonialista, el imaginario del dominado.

La sexualidad anticonvencional remite otra vez, como en el caso de las amazonas, a un cuerpo que es objeto/sujeto del deseo, espacio de lo prohibido y, al mismo tiempo, piedra fundacional de una historia que, en el caso del Incario, el pueblo sojuzgado elabora a partir de sus tradiciones y sus símbolos.

Los estudios dedicados por Alicia de Colombí-Monguió y Trinidad Barrera al *Discurso en loor de la poesía* y reunidos bajo el título de “Intertextos del humanismo criollo” su ubican en el nódulo mismo de la alta cultura virreinal. La autora anónima del *Discurso* realiza su apología poética, como nos muestra Colombí-Monguió, como una empresa que utiliza el subgénero de la defensa para reivindicar, desde la perspectiva femenina pero también desde la posición criolla, los logros que legitimaban la integración del escritor americano en el Parnaso humanista. Doble subversión de códigos y paradigmas que busca abrir espacio a productores culturales marginalizados al pugnar por el reconocimiento de un humanismo virreinal que reelabora los topoi clásicos y redefine el concepto mismo de poesía, empujando los límites del canon.

Colombí-Monguió explora la intertextualidad genérica y los subtextos del *Discurso* que van definiendo, a través de las redes de *laimitatio* humanística la percepción poética original de Clarinda. Descubre así el proyecto de promover un humanismo intercontinental, o sea un universalismo de nuevo signo que desde la perspectiva criolla y femenina debía reivindicar a la Colonia como locus productor de cultura capaz de desafiar los fundamentos mismos del exclusivismo europeo.

En el estudio de Trinidad Barrera se hace énfasis en el *Discurso en loor de la poesía* en tanto discurso marginal que desafía el espacio hegemónico a partir de diversas “estrategias de autorización” que permiten elaborar la condición subalterna del sujeto americano. Barrera reconoce en el texto de la anónima autora peruana el proyecto de redefinir el espacio cultural americano desde una posición de enunciación que denota las marcas de la doble subalternidad de la mujer americana. Explora el problema de la identidad de la escritora virreinal, de sus “tretas” de auto-ocultamiento y simbolización y de sus recursos de apropiación canónica e inscripción genealógica, leyendo el *Discurso* en su vinculación con otros textos y tradiciones que alimentan su vertiente humanística. Al mismo tiempo, Trinidad Barrera sugiere la proyección del largo poema peruano hacia lo que sería el futuro de las letras hispanoamericanas, reafirmando su valor de texto fundacional que desde su posición desplazada inaugura, sin embargo, los términos de una larga lucha por la definición y reconocimiento de la identidad cultural del continente.

El apartado dedicado a “Cuerpo y escritura en la clausura monacal” se adentra en el laberinto disciplinario y altamente simbólico del mundo conventual y en las complejas redes de la religiosidad colonial. Los estudios agrupados dentro de esta temática revelan formas de existencia y productividad cultural femeninas que sobrevivieron tanto a la rigidez y las imposiciones del dogma como al *borramiento* de la memoria histórica.

El trabajo de Kathleen Myers sobre la crónica de la Madre María de San José nos entrega no solamente información sobre la vida conventual novohispana sino también sobre las estrategias para la inscripción de la experiencia cotidiana dentro de la codificada escritura eclesiástica. Nos da ejemplo, a través del caso de la monja agustina, de los peregrinajes, ceremonias, tormentos y escándalos que en general rodearon la vida de las monjas en su misión de expansión de la estructura eclesiástica desde la que se ejercía la enseñanza cristiana y la devoción monacal.

La relación de María de San José se centra en las alternativas que rodearon a la fundación del Convento de la Soledad en la actual ciudad de Oaxaca, entonces Antequera, en 1697. A partir de este hecho, se rescata el relato autobiográfico que forma parte de la crónica espiritual de la agustina, el cual narra su triunfo sobre los demonios persecutorios que la asediaron gran parte de su vida. Asimismo la narración incluye datos sobre su vida cotidiana y experiencias místicas, en una relación de alto contenido testimonial y valor historiográfico.

De modo similar, el estudio de la conocida historiadora Asunción Lavrin acerca de Sor Lorenza Bernarda nos introduce a la compleja red de relaciones que unían la vida conventual con el resto de la sociedad novohispana. En “La celda y el siglo: epístolas conventuales” Lavrin analiza principalmente fragmentos del discurso epistolar que se establece a través de las misivas ente la monja capuchina y Doña Ana Francisca de Zúñiga y Córdoba, personalidad de la alta sociedad novohispana, quien termina traicionando la confianza de su corresponsal al denunciar ante el Consejo de Indias los supuestamente oscuros motivos de la franciscana al intentar fundar un nuevo convento en la ciudad de Puebla.

El estudio resalta la importancia del convento como ámbito controlado de recogimiento femenino y centro de primordial importancia cívica y religiosa. A partir de la lectura del trabajo de Lavrin se verifica una vez más el papel central de la educación eclesiástica en el proceso de disciplinamiento social e ideológico, la importancia en la selección y promoción de valores comunitarios y la funcionalidad que las autoridades eclesiásticas ejercían sobre la sociedad en general.

La hermandad que se desarrollaba en los claustros requería una disciplina de alma y cuerpo que con frecuencia sólo encontraba alivio en la escritura, la cual tendía puentes destinados a unir los represivos espacios conventuales con las instituciones y personajes del exterior.

Contemporánea de Sor Juana y de la Madre María de San José, Sor Lorenza Bernarda se vincula a las mismas autoridades eclesiásticas que marcaron a fuego la vida y la obra de la Décima Musa: el arzobispo Francisco Aguiar y Seijas y el obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz, entre otros. El discurso epistolar nos revela una vez más, como en el caso de Sor Juana, la peligrosa pasión por la palabra, recurso transgresor gracias al cual hoy podemos escudriñar el inmenso silencio de esa época en la que la mujer busca no sólo formas de expresión personal, comunicación y denuncia, sino también de integración, a través de diversas prácticas participativas, en la sociedad de su época.

Pero las peripecias por las que atraviesa la escritura conventual no pueden valorarse plenamente sin el conocimiento de las condiciones de producción de esos discursos que revelan la intimidad individual y colectiva en el ámbito eclesiástico. Como derivación y reforzamiento de las imposiciones del dogma, la disciplina conventual reglamenta las prácticas individuales y comunitarias, la disposición de los objetos y la regulación de las horas que articulan el espacio privado a las exigencias de la meditación, la devoción y el adoctrinamiento.

El estudio de los *Costumbreros*, libros canónicos que establecen los hábitos y ritos que deben regir la domesticidad y la institucionalidad conventuales, nos introduce al mundo de la clausura monjil, presidido por la autoridad masculina, a la que se subordina la potestad de la Abadesa, madre espiritual de su comunidad. El estudio de María Dolores Bravo, centrado en el *Costumbrero del Real Convento de Jesús María de México*, de 1685 (el cual incluye la aprobación explícita del conocido arzobispo Aguiar y Seijas) ilustra acerca

de la fuerte incidencia que tiene la organización de la rutina en la jerárquica sociedad conventual.

La autora anota de qué modo la regulación del *Costumbrero* sigue el modelo familiar así como el de la reglamentación castrense o carcelaria al establecer rigidamente la utilización que debe hacerse de los espacios, las horas y los ritos eclesiásticos. El *Costumbrero* moldea la identidad de la religiosa reforzando las ideas de obediencia, subordinación, humildad y austeridad como requisitos para la armonía colectiva y la salvación individual.

La sumisión del cuerpo al espíritu es constantemente enfatizada y simbolizada a través de la gestualidad individual y de las actividades prescritas a todos los que integran la familia conventual. El papel del confesor, el régimen de castigos y penitencias, así como la consistente obligación de negar el yo sometiénolo por medio de la represión doctrinaria y la autocensura, son aspectos insoslayables de la vida religiosa, que contribuyen a explicar los términos en los que va formalizándose el imaginario eclesiástico-letrado en la Colonia como expresión y transgresión de una subalteridad planificada hasta en sus más mínimos detalles en beneficio del Poder.

En “El cuerpo monacal y sus vestiduras” Margo Glantz explora a su vez el tema del sacrificio y el padecimiento conventual descubriendo en el castigo físico de la religiosa un ritual de purificación y redención comunitarias, que utiliza a la mujer como cuerpo del sacrificio. El trabajo de Glantz se basa en el *Parayso Occidental* de Carlos de Sigüenza y Góngora, pensado por su autor como un libro que relata la historia del convento de Jesús María, fundado en México en 1580.

Como en el caso de las relaciones que tienen como centro los conventos antes mencionados, el texto del polígrafo mexicano incluye además de la historia conventual elementos hagiográficos y técnicas de disciplinamiento tendientes a guiar la vida de la hermandad concepcionista. Glantz se concentra en la relación referida a dos hermanas, Inés de la Cruz y Marina de la Cruz, la primera de las cuales escribe su propia biografía, que Sigüenza y Góngora incorpora en su texto.

En las prácticas del sacrificio y el autocastigo que conducen a la santidad, Glantz descubre una teatralización didáctica y una retórica corporal destinadas a controlar las fuerzas diabólicas que se asientan primordialmente en el cuerpo femenino imposibilitando la elevación espiritual. No exento de placer masoquista, el sacrificio individual se compensa con las visiones místicas y con la conciencia de una heroicidad devota que purga los pecados de la comunidad en el cuerpo propiciatorio de la religiosa.

El estudio de Stacey Schlaw sobre ilusas novohispanas se basa en el caso de María Rita Vargas y María Lucía Celis, cuyos testimonios son presentados ante el tribunal inquisitorial en relación a un juicio que duró diez años y que involucró al sacerdote Antonio Rodríguez Colodrero, confesor de las dos mujeres, acusado de extrelimitaciones en su función de consejero espiritual. El estudio de Schlaw resalta la importancia de la escritura como parte de la relación inter-individual y como recurso de producción de sujetos y

documentación forense dentro de los diversos estratos de la institucionalidad eclesiástica.

La autenticidad de los diarios de María Rita y María Lucía, presentados en la letra del confesor que supuestamente transcribía sus versiones originales, es inverificable. Pero ese mismo hecho arroja luz acerca del complejo sistema de mediación escrituraria propio de la Colonia y sobre la constante usurpación de individualidad que derivaba habitualmente del autoritarismo eclesiástico. El proceso de inscripción/transcripción de peripecias y conflictos personales, así como el de su fiscalización y utilización textual como evidencia acusadora nos informan sobre los mecanismos de fetichización escrituraria que convertían a la ciudad letrada en un recinto panóptico controlado por el dogma y la autoridad masculina.

La experiencia visionaria, el paradigma de la familia como núcleo de orden, armonía y elevación moral, el elemento erótico como metáfora de la transgresión y la escritura como inscripción del yo o marca de otredad, al igual que en los otros estudios acerca de la vida conventual reunidos en este volumen, constituyen una red que revela el complejísimo ámbito de la subjetividad femenina colonial amenazada por el dogma y desafiante ella misma por su irreductible potencial subversivo. La documentación que nos llega sobre la vida conventual no es sólo fragmentaria sino, como indica Schlauf, caleidoscópica. Solamente un cuidadoso trabajo de contextualización y de interpretación puede abrirse paso entre los signos y símbolos que componen el tejido representacional en el que la mujer es siempre un personaje subalterno, y lograr dar sentido a las voces múltiples y muchas veces contradictorias del período.

El complejo tema de la religiosidad virreinal se completa en este libro con el sugerente trabajo de Frank Graziano sobre “Santa Rosa de Lima y el cuerpo sacrificial”, donde se aborda el tema de la identidad criolla a través del estudio de quien fuera la primera santa americana.

El autor de éste se aproxima al proceso de beatificación, canonización y textualización de Santa Rosa de Lima a través de las analogías poéticas que sugiere su nombre, el cual alimenta la leyenda del autosacrificio y el triunfo sobre la materialidad terrenal. Graziano vincula el tema del marianismo al de la sexualidad femenina extendiéndose sobre los tropos de la jardinería como cultivo de la pureza, extirpación del mal y expiación de los pecados.

La vida, sacrificio, muerte y resurrección beatífica de Santa Rosa no es sólo una aproximación a la textualización hagiográfica, sino una introducción a uno de los mitos más fecundos y significativos de los que componen el imaginario criollo. La mujer, esta vez elaborada como constructo mítico-simbólico, es el núcleo de una religiosidad transculturada, que al reformular en la Colonia los principios y ritos de la cristiandad, los articula a las condiciones sociales e ideológicas específicas; del Nuevo Mundo. Santa Rosa purga en su cuerpo el pecado de un cristianismo explotador y despiadado que se asocia con el orden masculino, paradigma de la autoridad. A partir de su sacrificio fundacional, la Iglesia se proyecta hacia las etapas futuras de

una historia que requeriría nuevas formas de protagonismo político y social. Santa Rosa es sólo el primer pilar y, por lo mismo, uno de los más significativos del edificio americano, en el que la mujer es, en tantos casos, incorporada como paradigma de la fecundidad y como ejemplo de autoinmolación en los altares del Poder.

Todos estos trabajos, que en sí mismos constituyen una excelente aproximación a áreas tan específicas e interconectadas de la cultura colonial, forman en su totalidad un discurso crítico que contextualiza a nueva luz otros temas más explorados, pero de ningún modo agotados, de la historia colonial. Los trabajos reunidos bajo el título de “Sor Juana Inés de la Cruz: voz y máscara” rinden homenaje a la Décima Musa rescatando aspectos muy diversos y a veces insospechados de la obra de la monja mexicana, demostrando que la investigación colonial presenta aún innumerables desafíos al estudioso contemporáneo.

El primero de ellos, titulado “La guerra de las finezas. La otra respuesta a Sor Filotea en un manuscrito inédito de 1691”, nos confiere el inusual privilegio de anunciar al lector el hallazgo de un nuevo texto rescatado gracias a la erudita perseverancia de Elías Trabulse, que en el año del tercer centenario de la desaparición de la monja nos acerca esta nueva evidencia del ingenio barroco. El manuscrito inédito al que hace referencia el investigador mexicano encaja a la perfección en el conjunto epistolar que constituyen la “Crisis de un sermón” o “Carta Atenagórica”, la dirigida al Padre Núñez de Miranda, hallada en Monterrey en 1982, y la famosa “Respuesta a Sor Filotea de la Cruz”, documentos medulares para el estudio de la obra de la monja mexicana y de las encrucijadas por las que atraviesa la identidad criolla en sus desafíos al Poder imperial y a sus representantes virreinales.

Para no arrebatarse al lector de este libro el placer de descubrir por sí mismo los intrínquilos de esta inserción textual que ilumina el tema de la autoría y de la autoridad escrituraria en la Colonia no revelaremos en este prólogo demasiados detalles del texto a que hace referencia Elías Trabulse, y que se encuentra actualmente en prensa en la Ciudad de México. Diremos solamente que Trabulse recrea las alternativas de la polémica discusión que hace Sor Juana del “Sermón del mandato” pronunciado por el jesuita portugués Antonio Vieyra entre 1642 y 1652 en la Capilla Real de Lisboa, reconstruyendo los vínculos textuales de ese debate y la compleja red de interrelaciones personales que condicionan y explican las instancias retórico-ideológicas que constituyeron “la guerra de las finezas”. En ese contexto, el recién descubierto manuscrito novohispano firmado por la pluma de Serafina de Cristo adquiere su real dimensión, abriendo al investigador una nueva puerta hacia la reconstrucción histórico-literaria del siglo XVII.

Las relaciones entre Sor Juana, el obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz, y el confesor de la monja y calificador de la Inquisición, Padre Antonio Núñez de Miranda, se desplazan como en un tablero de ajedrez por los compartimientos textuales, permitiendo entrever, a través de las máscaras barrocas, los juegos de poder que la monja tuvo que enfrentar para llevar a

cabo su empresa intelectual. Este nuevo documento al que nos introduce el estudio de Elías Trabulse, y que sin duda ocupará a muchas generaciones de estudiosos del Barroco de Indias, une el ámbito privado de la cotidianeidad conventual con las regulaciones del espacio público, las aventuras de la escritura con las imposiciones del dogma, la potencialidad de la femineidad monacal con el autoritarismo del mundo masculino, avenidas todas que confluyen en la obra de Sor Juana y que en tantos sentidos marcan las etapas posteriores de la cultura americana.

El trabajo de José Pascual Buxó sobre el *Epinicio gratulatorio al Conde de Galve* es otro ejemplo de erudito sondeo textual y capacidad interpretativa. Pascual Buxó estudia la recepción que de esta composición realizaron diversos críticos, así como el contenido poético y valor histórico-literario de esta pieza apologética en la que Sor Juana proyecta su estatura humanística articulando la ocasión a lo permanente, lo circunstancial al universo mítico-simbólico que constituía en gran medida el imaginario barroco.

Pascual Buxó recupera la coyuntura histórica de la que surge el texto sorjuanino y las relaciones intertextuales que permiten comprender el *Epinicio* dentro de la obra total de la Décima Musa. Asimismo analiza los elementos en los que se apoya el armazón retórico del texto y la actualización de tradiciones, mitos y tópicos que la monja reelabora en función de su tema.

En el trabajo sobre la “Loa del auto a San Hermenegildo: Sor Juana frente a la autoridad de la sabiduría antigua” Georgina Sabat-Rivers reconstruye las circunstancias de producción de esta composición sorjuanina, adentrándose en el estudio del contenido americanista y de las tradiciones humanísticas que se combinan en su elaboración. Sabat-Rivers estudia el concepto de historia subyacente en el auto, así como la integración del discurso escolástico, realizando un cuidadoso análisis textual que deja al descubierto la perspectiva sorjuanina sobre la importancia del Descubrimiento, el tema de la verdad histórica, el problema del conocimiento y la asimilación de aspectos científicos, puntos todos enfocados desde la perspectiva femenina que reafirma su presencia y capacidad de penetración en los temas más variados del repertorio cultural de la época.

A la elaboración de la loa no son ajenas las implicancias ideológicas que van unidas al tema del libre albedrío que sale a luz con la discusión en torno a las finezas de Cristo, tópico tan presente en la obra de Sor Juana y en general en el debate hermenéutico de su tiempo. Asimismo el reordenamiento del mundo a partir del Descubrimiento de América impulsa la idea de que con el mundo americano se inaugura una nueva etapa histórica que marca necesariamente una ruptura con concepciones anteriores, indicando hasta qué punto es imprudente la aceptación de verdades absolutas, que nuevos descubrimientos pueden echar por tierra.

Como en la “Loa del auto a San Hermenegildo”, la propia circunstancia histórica de Sor Juana representa, desde el punto de vista de las praxis sociales y de las aventuras del conocimiento, un *tour de force* respecto a las acendradas tradiciones humanísticas y a los discursos del poder político y religioso. Sus

textos evidencian la presencia de un nuevo sujeto social americano y como en la loa estudiada por Sabat-Rivers, un *plus ultra* de nuevos territorios conquistados para el conocimiento, cuyo mapa la mujer, a partir de la pionera labor de la jerónima, ayudaría en tan gran medida a definir.

Marie-Cécile Bénassy-Berling estudia a “Sor Juana frente al mundo infernal”. Su trabajo se adentra en el tema del satanismo cristiano revisando ejemplos bibliográficos que aportan elementos sobre la mentalidad novohispana, particularmente en lo que tiene que ver con la constitución del imaginario diabólico. Bénassy-Berling hace referencia a las diversas representaciones del mundo demoníaco, donde el diablo con frecuencia canaliza elementos de sátira o crítica sociales, o sirve como elemento burlesco o atemorizante, según las necesidades del discurso o situación concreta en que su imagen es utilizada.

En los textos de Sor Juana, la presencia diabólica aparece aludida muchas veces de manera indirecta, tratando de mantener sus referencias dentro de las definiciones tridentinas en cuanto a la representación de Infierno y Purgatorio. En cuanto a las alusiones más directas al tema, Bénassy-Berling hace referencia a la *Respuesta a Sor Filotea*, los villancicos a Santa Catarina de Alejandría, los autos sacramentales y otras composiciones poéticas tratando de definir la imagen que del demonio configura la percepción de la monja jerónima y ofreciendo así al lector otra faceta de la obra de esta mujer letrada, de tan decisiva influencia en la construcción del imaginario americano.

Jorge Checa, por su parte, se dedica a una de las composiciones más complejas e intrigantes de Sor Juana Inés de la Cruz. En su estudio “Los caracteres del estrago: Babel en *Primero sueño*”, el autor se concentra en la composición sorjuanina en tanto texto polisémico y autorreflexivo, persiguiendo el proceso discursivo a partir del cual va desencadenándose la producción de significados. Teniendo en cuenta el modelo de las *Soledades* de Góngora, el estudio de Checa recorre los niveles temático, lingüístico y compositivo del *Primero sueño*, prestando principal atención a los recursos discursivos y símbolos a partir de los cuales se construye el poema. Estudia los elementos de la *episteme* clásica y sus vinculaciones con la imagen de la pirámide, en tanto símbolo que connota la aventura intelectual. Autorreferencial y enigmático, el *Primero sueño* continúa siendo un desafío para la crítica sorjuanina, ilustrando la cualidad babélica sobre la que Jorge Checa llama la atención en este ensayo.

El estudio de Rosa Perelmuter titulado “Sor Juana Inés de la Cruz ante la crítica”, éste nos entrega una aproximación a las distintas etapas de recepción por las que ha atravesado la obra de la monja barroca principalmente a lo largo del siglo XIX. Haciendo referencia a ediciones y estudios críticos que relevaron y evaluaron la obra de Sor Juana, Perelmuter descubre la existencia de diversos modelos historiográficos y paradigmas críticos que han guiado la incorporación de sus obras al canon predominantemente masculino de las letras americanas.

El tema de la condición femenina de la escritora barroca es recurrente en los estudios críticos, como fórmula de atenuación o falsa exaltación de las

cualidades literarias de la autora del *Primero sueño*. A la excepcionalidad y métodos creativos de la monja se suman así los que se asocian con la ruptura de esquemas crítico-historiográficos a que obliga la atipicidad y dimensión de su genio.

Perelmuter nos introduce a un tema que puede ser, sin duda, expandido espacial y temporalmente: el de la recepción e institucionalización del discurso sorjuanino, desde el siglo XVIII a nuestros días. El estudio crítico-historiográfico de la obra de Sor Juana, que fuera incorporada como parte del imaginario nacional mexicano y también del latinoamericano a través de múltiples y muy diversas lecturas, dice mucho no solamente sobre las apropiaciones que se han realizado de sus textos sino sobre la definición cultural e ideológica de quienes desde posiciones de poder cultural han decidido qué aspectos de su obra, y en qué medida, merecían integrar el corpus de las bellas letras americanas. Como sucede con su propio proceso creativo, también a través de su recuperación crítica, la obra de Sor Juana se diversifica, fragmenta y recompone. Voz y máscara, entonces, de una presencia femenina que aunque gana la fama por la palabra, también calla y se encubre para sobrevivir.

El último apartado del volumen reúne, bajo el título general de “Otras imágenes”, tres estudios sobre la representación de la mujer en textos coloniales.

El de Julie Greer Johnson caracteriza la picaresca peninsular y se refiere a los cultivadores americanos del género, desde Mateo Rosas de Oquendo a Fernández de Lizardi. Los elementos picarescos están presentes en el anecdotario de crónicas y relaciones del siglo XVI, pero será el siglo barroco el que verá florecer la recepción de la picaresca en América.

Julie Greer Johnson analiza la presencia de pícaras en el discurso literario de la Colonia, descubriendo rasgos del género en las obras de Rodríguez Freile, Sigüenza y Góngora y Sor Juana Inés de la Cruz. En las relaciones de *El carnero*, como en el teatro de Cristóbal de Llerena, los elementos satíricos nutrían ya la representación del mundo colonial, otorgando a la mujer un papel fundamental como vehículo para señalar, a través de la crítica social, la corrupción de las costumbres coloniales. En obras posteriores, el modelo se prolonga como manera de reformular, dentro de los límites de la discursividad canónica, la percepción del mundo americano, que porfiadamente se apartaba del destino de sumisión y orden que le asignara el proyecto imperial, exponiendo conductas sociales que trasgredían los paradigmas de la virtud.

Johnson destaca la función del humor y la ironía, así como la transformación que sufre el género picaresco al ser adaptado a la realidad americana. La representación de la mujer colonial como pícaro sirve como canalización del estereotipo misógino, permitiendo su inclusión en el discurso masculino como ejemplo de decadencia moral. Asimismo Johnson recupera en su estudio figuras como la de Catalina de Erauso, quien en su peripecia americana ejemplifica la expansión de la mujer hacia espacios masculinos, promoviendo una deconstrucción crítica de la sociedad de la época. La

picaresca canaliza así no sólo temas vinculados a la justicia social sino también sentimientos incipientes de identidad criolla, a los que la mujer incorporara su propia agenda elaborada desde el margen de los discursos y las prácticas masculinas.

Como otro ejemplo de picaresca americana, el estudio de Sara Castro-Klarén sobre “El siglo XVIII: sujetos subalternos y el teatro de la Perricholi” nos adentra nuevamente en el mundo andino, mostrando la funcionalidad del espectáculo teatral como canalización y simbolización del protagonismo femenino. Castro-Klarén nos presenta un mundo camavalizado en el que se unen vertientes discursivas de muy diversa estirpe y en el que la retórica corporal cumple un papel transgresor y desafiante de los principios de orden y autoridad.

La autora recoge las distintas fuentes que registran la vida de Micaela Villegas, “perra-chola”, actriz cómica, iletrada, escandalosa y amante del viejo virrey Amat que la celebra en público minando su propio espacio de poder con esta implantación populachera. Castro-Klarén resalta la naturaleza híbrida de esta mujer, cuya gestualidad metaforiza la decadencia colonial. Al mismo tiempo, destaca su valor contestatario y el desmontaje social que posibilitan sus conductas transgresoras. La picaresca figura de la Perricholi es construida por sus biógrafos masculinos a través de distintas instancias, desde Ricardo Palma a nuestros días. De modo que su historia es en realidad la peripecia de las lecturas y apropiaciones discursivas que de ella hacen los historiadores y escritores que siguen siendo seducidos por su encanto emblemático.

El último estudio del volumen corresponde al trabajo de Nancy Vogeley titulado “La figuración de la mujer: México en el momento de la Independencia”, en el que se analiza la irrupción de la imagen femenina en la escena pública a través de periódicos, oratoria religiosa, declaraciones políticas y las múltiples simbolizaciones que acompañan su representación. Vogeley analiza la articulación de estas imágenes con el liderazgo masculino y el papel que ambos cumplen en la configuración del nacionalismo y de los proyectos políticoideológicos que lo sustentan. El sugerente estudio de Vogeley explora así, en múltiples niveles, el valor asignado y tácito de esas imágenes en relación con la modernidad y los procesos de secularización que forman parte del imaginario republicano.

El tema tan en boga de la construcción de la nación americana no puede prescindir de una reflexión, que recién empieza a realizarse en profundidad, acerca del papel femenino en el proceso de destotalización colonial. La temática del cuerpo femenino y sus variadas alegorizaciones, así como el complejo proceso de nacionalización de los mitos y símbolos femeninos heredados de la Colonia se vinculan a la problemática de la colonización tanto en lo que tiene que ver con la vida doméstica como con los procesos de institucionalización cultural que adquieren nuevo signo a partir de la Independencia.

En este nivel, Vogeley analiza el símbolo de la Virgen de Guadalupe y las formas de apropiación de que fue objeto tanto por parte de las instituciones

eclesiásticas como en el interior del discurso político, como patrona de los insurgentes y, más tarde, como símbolo de la nación.

Basándose en las obras de Fray Servando Teresa de Mier y José Joaquín Fernández de Lizardi, así como en panfletos políticos publicados en 1829, Vogeley se adentra en las transformaciones del mito estudiando la relación de la imagen femenina con los ideogramas de heroísmo, pureza y amor a la patria, llamando la atención sobre la crítica social canalizada a través de las voces femeninas, pero también sobre el problema del poder implícito en este proceso representacional. El estudio de Vogeley nos deja así situados en los albores de la vida emancipada, en etapas en que la activación de la mujer como sujeto social adquiere nuevas formas prácticas y simbólicas. Las modalidades de su representación, así como sus articulaciones al Poder y sus interacciones con el liderazgo masculino en la independencia y durante las instancias de formación y consolidación de los estados nacionales variarán sustancialmente, pero serán en gran medida tributarias de los caminos ya abiertos por las *praxis* y discursos coloniales.

Los objetivos de formación y disciplinamiento del ciudadano, así como los procesos de ordenamiento institucional definidos como parte de los proyectos nacionales en las nuevas repúblicas requerirán de la integración paulatina,

social y discursiva, de la mujer, cuya voz debe ir venciendo la larga tradición del “comportamiento callado”. Como sujeto social de creciente incidencia en el espacio público, ella impulsa reclamos y reivindicaciones que ponen constantemente a prueba los límites de la nación-estado. Entre ellos, el derecho a una autorrepresentación que se proponga como alternativa ante los discursos del Poder. Con su protagonismo creciente, en la historia, las letras y la cotidianeidad latinoamericanas, la presencia de la mujer contribuye a dibujar nuevos mapas sociales e ideológicos en una América siempre amenazada por la desterritorialización material e ideológica. Este libro se ofrece ahora al lector con la esperanza de que los estudios aquí reunidos ayuden a definir en alguna medida los trazos de esta nueva cartografía al mostrar los caminos que recorrió durante la Colonia la imagen y la *praxis* de la mujer, habitante del mito y de la historia, en la celda y, el siglo.

Deseo indicar mi reconocimiento a Keith McDuffre, quien apoyara este proyecto desde el comienzo como parte del plan de reapertura de la serie *Biblioteca de América* iniciada por Alfredo Roggiano hace ya muchos años. A los colaboradores del volumen agradezco no sólo la alta calidad de sus contribuciones sino la paciencia y profesionalismo con que admitieron mis constantes sugerencias. Asimismo, este libro no habría sido posible sin la excelencia editorial de Erika Braga, la colaboración entusiasta de Margarita Leño y la minuciosidad de Bladimir Ruiz y Regina Schroeder, quienes tuvieron a su cargo la corrección de rrranuscritos y pruebas de imprenta. A todos ellos mi más cálido agradecimiento.

Mabel Moraña